

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA

CON LA
aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuan-
tuzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
dra los días 8, 14, 23
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas,
en igual tamaño al
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mutuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que a-
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

8 de Febrero de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 37.

SUMARIO.

Ayer y hoy, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—
Stabat Mater, poesía, por don B. L. G.—María al pié
de la Cruz, por D. Santiago Beyro y Martin.—A la
Virgen de los Dolores, poesía por don E. A. V. R.—
Sección doctrinal.

AYER Y HOY.

La hora marcada para la redención de la hu-
manidad, ha sonado ya en el reloj misterioso de
los tiempos.

El anunciado por los profetas, el deseado de
las Naciones, el hijo de una Virgen sin mancha,
llega á las puertas de Jerusalem que le recibe
entre himnos de triunfo, y siembra su paso de
palmas y flores.

El es ¡allí está! viene á redimir al mundo que

creara con una palabra solo de su augusto lá-
bio.

Viene en nombre del Dios de las misericordias
á predicar una doctrina de esperanza, una ley
de amor, un código de mansedumbre y de per-
don.

Y el infierno tiembla de ira: teme ver des-
truido su imperio, por el imperio de la paz sobre
la tierra, y desencadenando los furiosos huraca-
nes del estermínio y la locura, conmueve los ci-
mientos de la Ciudad culpable, que en breve os-
tentará sobre sus murallas la marca indeleble de
sacrilega y deicida.

Estremecidos á su impulso los hijos de Jerusa-
len se apoderaron entonces del Justo, y prepa-
rándose á cometer el crimen sin igual, único y
solo que presenciaron las edades, la mano del
insecto vil cae sobre el Señor de mundos y
cielo, y ébrios de furor, le insultan, le acosan y

hieren aquel rostro ante cuya majestad se prosternan temblando los serafines.

Los discípulos le abandonan...! alguno llega hasta negarle! y el hijo de Dios abandonado en medio de sus enemigos, se halla como la nave que flota en medio de las olas, en una noche sin término de tempestad y de borrasca.

Y el odio de aquel pueblo enloquecido crece y crece como la espuma de la marea que azota las rocas de la playa; y á la impiedad une la barbarie, y al insulto y la befa el tormento cruel.

Y asemejándose al tigre feróz que juega con su presa cuando se dispone á devorarla, ciñe á la frente de la santa víctima una corona de punzantes espinas; pone en su mano un irrisorio cetro de caña, y entre mofa y blasfemias saluda como á rey de burlas á Aquel ante quien el poder de los Reyes de la tierra es arista leve, arrastrada por el vendabal.

Ni una palabra, ni una protesta sale, empero, de aquellos impecables labios, que ni acusan á los verdugos ni manifiestan su poder. Y ni una protesta ni una queja sale tampoco de la boca de aquella muchedumbre feróz, entre la cual, sin embargo, no se encuentre quizá un solo hombre que no halla recibido, en sí ó en los suyos, los divinos efectos de aquel omnímodo poder.

Pero la crueldad de los verdugos se causa de atormentar á la víctima. y quiere terminar de una vez, con un horrendo Deicidio, aquel drama sangriento de muerte y destruccion.

Arrastran, pues, al Dios hecho hombre ante el juez que ha de entregarlo indefenso en sus manos y el grito de mil bocas, fundiéndose en uno solo, se escucha en derredor exclamando en su frenesí:

—Crucificalo! Crucificalo!

El gobernador de Judea vacila!

La inocencia del Justo le detiene, pero el eco de las vanidades mundanas domina el eco que la verdad intenta levantar en su alma, y acalla el acento que debia levantarse enérgico y fuerte para defender al que todos acusan.

—¿Cual es su culpa? pregunta con medroso acento.

—¿Cual es su culpa? repite dirigiendo en torno una mirada recelosa.

—Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos, grita en su furor el pueblo judío, que ignora lo terrible de aquella fatídica maldicion, y pone en los hombros del Cristo la Cruz, símbolo entonces de ignominia, y enseña despues de gloria y de libertad.

Y desde aquel instante hasta que se consuma el sacrificio, media solo el tiempo que la víctima

inmaculada tarda en llegar al lugar del suplicio.

La Cruz hiere la tierra, como dominandola con su peso; queda fija en ella, como la doctrina que habia de estenderse á su augusta sombra, y el hijo de Dios antes de espirar enclavado en sus brazos, abre siete veces sus lábios para demostrar otras tantas que su mision es de amor y de redencion y de perdon.

Sus enemigos en tanto se burlaban de su inmensa agonía, aplican hiel á sus labios, le dan en el amante corazon el golpe postrero, y se unen al infierno para proclamar en su demencia el triunfo de la muerte sobre la vida, del hombre sobre Dios, de la criatura sobre el Creador, de la misera tierra sobre el inmenso cielo!

Pero ¡ay! que aquellas burlas y aquellos gritos quedan ahogados en las gargantas de donde salieron, porque los mundos tiemblan, el sol palidece y el trueno, y el rayo y el relámpago y el huracan, braman como el mónstruo que forzagea por romper su cadena para sembrar en torno el estrago y la ruina.

Y los que antes reian, lloran estremecidos, y á la alegría sucede el espanto, y á los cantares el terror, y los mas incrédulos y los mas despiadados huyen despavoridos clamando en su terror al ver tanto estrago:

—Oh! no hay duda, no hay duda! era el hijo de Dios!

Y á la confusion horrorosa de la tierra que occila, se mezcla bien pronto, severa y doliente la sombría voz del profeta de las desdichas, que clama noche y dia, vagando en torno de las murallas de la ciudad.

—«Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de Septentrion, voz de los cuatro vientos contra Jerusalem y contra su templo. ¡Ay ¡ay de Jerusalem, ¡ay! su pueblo deicida!»

Y la voz enmudece, pero la profecía queda cumplida!

Los muros de la ciudad culpable caen entre polvo y escombros. Los palacios de sus próceres y sus reyes se convierten en ceniza, sus edificios en ruinas, sus hijos en esclavos, en párias de la humanidad, sin patria ni reyes, ni estado ni hogar.

¡El poder y la grandeza de la ciudad maldita han quedado trocados en la grandeza de un sepulcro, y la magnificencia de su templo, en la augusta magnificencia de una sola y sencilla Cruz!

¡La justicia de Dios á pasado sobre la ciudad deicida y derrumbada en sus cimientos, la que era señora y dueña del mundo, ni aun ha conservado una frágil caña que ostentar como cetro en sus impuras manos;

Solo al pié de la Cruz, protegida por su sombra y fecundizada por la sangre del Cristo, se alza una nueva sociedad, sencilla, modesta como la violeta, esparciendo tambien en la oscuridad el perfume de sus virtudes y la claridad inefable de su purísima doctrina.

Es la Iglesia católica, son sus hijos regenerados que agrupados en torno de esa madre, viven, sufren y luchan con ella, llevando siempre sobre su frente la luz eterna de las verdades reveladas.

Diez nueve siglos han pasado desde que el mundo presencié asombrado el fin del drama sangriento del monte de las Calaveras, y Jesús, representado por esa Iglesia, cruza como entonces su áspero Calvario, y como entonces es vilipendiado, escarnecido y crucificado por aquellos mismos que vino á salvar.

Sus enemigos no están ya solo en la ingrata Jerusalem, sino que simbolizados por el ateísmo, por la impureza, por la soberbia y la incredulidad, se han extendido por la faz de la tierra y cruzan nuestras calles, alzan su voz en nuestras plazas, y acechan á la puerta de nuestras moradas para penetrar en el fondo de ellas y turbar con su nociva presencia la santidad y la paz del hogar y de la familia.

¡Y su influencia se extiende mas á cada paso y su dominio crece de dia en dia!

Naciones, estados, pueblos, hombres, corazones, todo lo invaden, todo lo envenenan, todo lo manchan con su contacto! Los reyes rechazan á Jesucristo como á su augusto Soberano Rey, y los legisladores no le acatan como Supremo legislador.

El catolicismo, colocado en el terreno de la controversia y de la duda, es acusado por unos, juzgado por otros, y sentenciado por los más.

Los que se creen menos culpables, los que se precian de ser sus hijos, solo le consagran un culto tibio y frio como su fe, y cuando le ofenden sangrientamente en su presencia, cuando le escupen al rostro y le pisan y le abofetean en ambas mejillas, se contentan, para defenderle, con decir tímidamente como el cobarde gobernador de Judea:

—Cual es su culpa? ¿de qué podeis acusarle?

Y aunque ninguno sabe responder con razones á estas preguntas, el Catolicismo sigue acusado y colocado al nivel de la heregia, puesto que se concede al error la libertad de competir con la verdad, á la mezquina razon humana la de luchar con la sublime é impenetrable razon divina, y proclamando la libertad de negar ó de orar de blasfemar, ó de adorar, ponen en

parangon, como lo hizo el despreciable gobernador de Jerusalem, al Justo con el asesino, al Impecable con el bandido, á Jesucristo con Barrabas.

Nuestra moderna sociedad materialista y corrompida solo dobla su rodilla ante dos altares y dos ídolos. El placer y el oro, convertidos por ella en dioses, son los objetos á que rinde culto, á quienes presta homenaje, y por los cuales, no vende su alma, porque su alma no le pertenece, pero no vacila en arrastrarla por el lodo y en desgarrar el blanco manto de pureza en que Dios la envolviera, al enviarla á cruzar el mundo.

Los santos lazos de la familia, las altas tradiciones de nuestra fé, la firmeza de las creencias; el entusiasmo religioso de otras épocas, y otras edades, ¿Donde están? ¿que se han hecho? ¿Que significan en nuestro siglo? Palabras vanas! frases sin sentido, reflejos de un magnífico sol que se undió en el ocaso, ó fugitiva estela del gallardo buque que cruzó los mares y desapareció á nuestros ojos, entre el revuelto torbellino del negro y tremulo oleaje.

La humanidad corriendo ciega en pos del desenfreno y la locura, ha roto ó aflojado los lazos que la ligaban con la esposa de Cristo, y celebra, insensata, como, un magnífico triunfo cada uno de los escarnios que hace de su inmutable doctrina, y como una brillante conquista, cada acto de rebelion que contra ella lleva á cabo.

La virtud, la lealtad, la elevacion del pensamiento, el heroismo y la pureza, son objetos gastados que no tiene hoy precio en el público e innoble mercado de las fortunas y las conciencias.

¿Y qué es en tanto de la Iglesia de Dios, representacion de Cristo? Qué es de la religion? ¿qué es del catolicismo?

Calumniado y oprimido y aborrecido cual Jesús, llamado á juicio, como Él, y como Él sujeto al banquillo de los acusados, es analizado y juzgado cada dia, en sus dogmas, en sus misterios, en sus doctrinas, por sabios é ignorantes, por grandes y pequeños; y como Él, és sentenciado, y como Él, coronado de espinas, con las manos encadenadas oye por doquiera los gritos de la multitud que pide á voces su esterminio!

Pero ¡ay! que la historia de lo pasado pueda ser una profecia para la historia de lo porvenir!

¡Ay de Jerusalem! ¡ay de su pueblo!

¡Ay de la humanidad sin creencia y sin Dios!

¡Ay de la sociedad desquiciada en sus cimientos, rodando en los abismos de la duda, envuelta entre las profundas tinieblas del error!

Su ruina es cierta, su perdicion es segura!

La incredulidad y el ateismo, monstruos de cien cabezas á quien da calor en su seno, se enroscarán en su garganta ahogándola con sus esfuerzos y la destruirán, destrozándola en mil pedazos, como el hijo maldito que desgarras las entrañas de la misma madre que por, desgracia, le concibiera!

Rechacemos, pues, unidos y con todas nuestras fuerzas ese espectro sombrío que se llama defecion religiosa y que avanza rápidamente hacia nosotros, intentando arrollarnos á su paso.

Opongamos á sus continuos ataques nuestro valor y nuestra fé, á su duda nuestra creencia, á su cisma nuestra doctrina, á su ateismo nuestra piedad, nuestro santo y ardiente entusiasmo.

¡Así se cumplirá la palabra suprema de Dios!

¡Así el infierno no prevalecerá contra su iglesia!

¡Así el profeta de las desdichas no podrá elevar su acento entre nosotros, repitiendo con triste voz:

¡Ay de Jerusalem, ay de su pueblo!

¡Ay de la sociedad sin creencia y sin Dios!

¡La Justicia del Eterno puede pasar sobre ella como la tempestad que destruye, como el rayo que abrasa, como el terremoto que aniquila, como pasó sobre la ciudad deicida, asolando su templo y dejándola en ruinas!

Enriqueta Lozano de Vilchez.

STABAT MATER.

¡Pobre Madre!... está llorando
al pié del Santo Madero,
el pueblo murmura fiero
por la montaña girando.

Y la luz muere en la sombra,
y el nublado se agiganta,
y la creacion llora y canta
con voz que aturde y asombra.

¡Pobre Madre!... ante los sonos
de sus dolientes afanes,
alzan truenos y volcanes
sus mas terribles canciones.

El Angel llora y se arredra,
rugen los mares inquietos,
y se alzan los esqueletos
sobre sus tumbas de piedra.

Porque es tan hondo el pesar
de la Madre del amor,
que llora el mismo dolor
al contemplarla llorar.

Ella vió al hijo nacer
su esperanza realizando,
ella le durmió cantando
las endechas del placer.

Ella con ánsia divina
dejó sus plácidos lares,
cruzó de Judá los mares,
las cumbres de Palestina.

Y siempre de su hijo en pos
le siguió amante y serena,
como sigue el alma buena
la sombra santa de Dios.

¡Hoy! pobre Madre! lo mira
sobre el Gólgota sangriento
suspiros lanzando al viento
que en torno del árbol gira.

Lo mira triste llorando
por el pueblo su asesino,
oye su acento divino,
perdon! perdon! murmurando.

Vé sus sienes desgarradas
por las espinas crueles,
vé clavados los cordeles
en sus manos veneradas.

Y si oye de su ánsia en pos
del pueblo el acento fijo,
vé, que le matan al hijo
por el crimen de ser Dios.

Pura mística azucena
del desierto de la vida,
lámpara siempre encendida
para templar nuestra pena.

Celeste y eterno lirio
por los ángeles cuidado,
puro clavel perfumado
con la esencia del martirio.

Yo vengo Madre á besar
las estrellas de tu manto,
vengo á regar con mi llanto
los mármoles de tu altar.

Yo padezco á tu dolor
y lloro por tu agonía,
yo tengo por tí, María,
rico manantial de amor.

Del relámpago á la luz
que la tormenta anunciaba,
yo ví á Dios que vacilaba
bajo el peso de la Cruz,

Lo ví triste ante el desden
del pueblo vil y asesino,
lo ví con llanto divino.
llorar por Jerusalen.

Vi su cabeza sangrienta
tocar en la dura roca,
ví un insulto en cada boca
y en cada grupo una afrenta.
Y al verte á su lado ir
dije con llanto de amor,
¡pobre madre del dolor,
cuanto deberá sufrir!

Pueblo; con llanto profundo
ven á orar junto á María
hoy es la fecha, es el día
de la redencion del mundo.

Doquiera se oye el concierto
de la mas honda tristeza,
hasta la naturaleza
parece que toca á muerto.

El templo, todo es dolor,
negra el ara, poca luz,
sobre el sacro altar, la Cruz
sosteniendo al Redentor.

Al pié de la Cruz, María,
cerca, el sacerdote implora;
y allá en las tinieblas llora
el órgano una armonía.

De las campanas el son
no se mezcla en el lamento
por no turbar con el viento
los ecos de la oracion

Y la luz que ante el altar
mal á la sombra resiste,
está tan triste, tan triste....
que no se atreve á alumbrar.

Todo es llanto y es dolor,
mujeres, niños, ancianos.
corred, corred de las manos
á adorar al Redentor.

Venid ante él se inmola
por hallar vuestra alegria.
venid á ver á María
que está sollozando y sola.

Venid de vuestros hogares
con ofrenda á sus dolores,
dejad los campos sin flores
para adornar sus altares

Y no deis al corazon
hoy consuelo en su quebranto,
porque será vuestro llanto
la SEGUNDA REDENCION.

B. L. G.

AL PIÉ DE LA CRUZ.

I.

Triste, muy triste es ver la pura azucena que
dobla condolida su perfumado caliz, marchito
por el cierzo y azotado por las alas del rápido
aquilon.

Triste, muy triste es ver á una doncella, de
mirar suave y casto semblante, inclinar su frente
nublada por la tristeza, presa de una congoja
destructora, pesarosa á impulsos de un enorme
dolor.

Triste, muy triste es contemplar á María sobre
la empinada cumbre del Gólgota, sintiendo
caer sobre su frente gota á gota la purísima
sangre del Mártir Jesús.

Como la rosa de carmin subido entreabre su
apretado broche para recibir el aljofarado rocío
que le envia la rosada aurora, la mas bella de
las hijas de Judá recibe embriagada de amor y
de tristeza el líquido purpúreo que brotan las
heridas del Hijo de sus entrañas.

Ya no ciñe á su talle elegante el nevado y
trasparente tul, ni sus blondos cabellos están re-
cogidos con la sencilla gracia que usara en tiem-
pos mas felices en Salen.

Negros crespones hacen resaltar la virginal
blancura de su rostro, sus mejillas han dejado e
suave colorido de la rosa, para tomar el morado
tinte de la violeta y sus hermosos ojos rodeados
de círculos cárdenos, efecto del insomnio y del
sufrir, tienen una expresion indescriptible de
infinita amargura.

Pero está erguida, como las palmeras de la
Idumea, y ni una sola lágrima, titila entre sus
largas y sedosas pestañas.

El Padre de la luz marcha rápidamente hácia
el ocaso y posa blandamente sus últimos melan-
cólicos rayos sobre su tersa sien, condoliéndose
de sus pesares.

Los secos labios de la Virgen se entreabren
para dar paso á su aromático aliento, pero ni un
suspiro exhala su pecho, ni una queja murmura
su lengua, ni un latido de intranquilidad dá su
torturado corazon. ¡Cuánto sufre, cuanto sufre
esa Mujer!

II.

El Paraíso, aquel pensil vistoso, donde los árboles de la vida y ciencia convidaban con su sombra benéfica cubiertos de perpétuas flores y acariciados por el odorífero hálito de una primavera continua, tornóse bien pronto en pedregoso suelo de zarzas y de abrojos. La materia, dócil en un principio, se rebeló.

Había huido aquella edad feliz, en que el primer hombre, escento de mancha, se divertía con las fieras, que sumisas besaban los pies de su rey y le preguntaban el nombre que cada una de ellas debía llevar en el desierto.

Adán prevaricó y su desgraciada progenie, olvidándose del Sabio de los siglos, se dejó arrastrar por el torbellino de las pasiones.

El espantoso monstruo del mal se paseaba en triunfal carroza al rededor del derruido palacio de la inocencia y de la ventura.

Como esas flores de galana belleza, pero de néctar nocivo, emponzoñan las almas que aspiran su letal aroma, así las hijas de Eva acarreamos la desgracia y la ruina del hogar que debían embellecer.

Los hombres, víctimas de una vertiginosa locura, blasfemaban del Sempiterno Ser que los criara.

Fué necesario romper las cadenas que aprisionaban á la humanidad, que Jesús padeciera, y Jesús, henchido de amor hacia el hombre, que esclavo de sus vicios le olvidaba, dejó el Empíreo y sus etéreos goces y vino á la tierra revestido con nuestras flaquezas, escepto el pecado.

Ya va á consumir el sacrificio heroico que sus hijos desprecian, exánime y moribundo, coronado de espinas, ensangrentado y escupido pende del afrentoso madero de la Cruz.

Ya va á morir, ya va á morir el Dios tres veces Santo, el Dios de Sabaot, el Dios de imperio ilimitado y grande...

Mas ¡ay!... ¿qué sucede? El Sol ha encubierto sus brillantes resplandores con enlutado velo, los verdinegros riscos del Calvario se estremecen, los árboles de Getsemaní se desnudan de su verde follaje, las brisas embalsamadas de Nazaret se agitan con tristeza, las tornasoladas ondas del Jordán no murmuran...

¿Porqué ¡oh cielos! ocultais vuestro azul? ¿porqué encubris vuestro manto fulgente? ¿porqué trocáis por negros ropajes vuestras cintas de plata y arrebol? ¡Oh luto horrible, que colma á alma mi de profundo pesar! ¡Oh cataclismo espantoso, que sufre el mundo! ¡Oh qué amargura, todo es lobreguez y pena debajo del Sol!

Ayuntamiento de Madrid

La camelia ha perdido sus prístinos matices y sin sonrisa y seca inclina su marchita y pálida corola.

Ha enmudecido el plácido arroyuelo encanto de los valles, tinte sanguinolento tiñe su bullidor raudal y los delicados helechos y las violetas que bordan sus márgenes han temblado de espanto, por no percibir su acento, ni recibir el ósculo amoroso emblema puro de su inocente amor.

Todo, todo respira mortal tristeza: todo, todo dá muestras de tétrico pesar. Aquel que trueca los fuegos y las hornazas de Azarías en fresco cefirillo y en líquidas perlas del rocío, acaba de exhalar el postrimer aliento. El Eterno vencedor del Espíritu de las tinieblas, acaba de aherrar á este orgulloso Arcángel, espirando hecho el ludibrio de un pueblo deícida, apareciendo el Justo criminal.

La naturaleza llora al contemplar el mutilado cadáver del Hacedor omnipotente que se complació en hermosearla...!!

¡Ay de tí Jerusalen que desoiste la voz de Jesucristo! ¡Ay de tí generacion ingrata á las caricias del que todo es amor.

III.

Madre mia, ángel que velas mi sueño é inspiras mis cantares y á quien desde niño ardientemente amo, bendita seas, bendita seas!

Yo quiero, yo ansio acompañarte en tu dolor y compartir contigo el amargo cáliz de la desventura; mi pobre lira que vibró ayer alegre para cantar tu Concepcion Inmaculada, hoy llora tristemente remedando aunque de lejos la vehemencia del pesar que te agobia.

Perdona, perdona, ó Madre de los siete dolores, la rudeza de mi canto; para ponderar con acierto tu pena preciso es que agite mi fantasía el inspirado ángel del Profeta de las lágrimas, como para describir tu sentimiento y medir su intensidad, sería necesario mojar mi tosca pluma en el costado abierto del Antiguo de los días.

Una fiebre abrasadora enardece mi frente y lágrimas lentas surcan mi rostro al verte sufrir, por que eres mi Madre, mi Madre querida á quien debo tanto... y se oprime mi pecho al ver las agudas espinas del martirio clavar en tu corazón.

Me duele el alma, porque te amo, María, mas que el rocío á la flor, mas que la flor á la brisa, mas que la brisa al perfume del mágico vergel.

Suspiro por tí mas que el ciego por la luz del

Sol, deseo aproximarme á tí mas que la yedra á la vetusta encina, quiero abrazarme contigo mas que el infeliz náufrago á la tabla de salvación.

Tu hermosura me enamora, tu candidez me encanta, tu sublimidad me estasia, al verte que, aun siendo mas pura que el oleo de la justicia que consagrara á Salomon, que aun siendo mas ingenua que los suspiros de la fuente de Samaria, estás al pié de afrentoso patíbulo, dó yace el cadáver amado, soportando el peso imponderable del maternal dolor.

La belleza del Basan y del Carmelo se oscurece y el viento abrasador del desierto aja á las rosas de Saron; pero tú, aun combatida y agoviada por una amargura sin límites, en la inolvidable plataforma del Calvario, conservas el irresistible encanto que hacia palidecer las vírgenes del templo, é inclinar su frente á los gallardos lirios de la Judea.

Moja mis lábios trémulos con esa hiel que acibara los tuyos, Reina divina, y la afilada flecha que te traspasa rompa en partes menudas mi corazón.

Si la Justicia irritada necesita una víctima; á tus plantas me tienes, Soberana de los Angeles: nadie mas que yo se ha hecho acreedor al castigo: oscuro viandante de este suelo falaz, caiga la segur sobre mi cerviz, padezca yo que soy el culpado y no sufras tú; y si en medio de mis trabajos no me abandonas, nada me será amargo con tal que me pagues con una mirada de tus ojos y una sonrisa de tus labios de coral.

Si Aquel, á cuya vista el bóreas enmudece, las nubes se disipan y tiembla el bravo mar, ha muerto por el hombre que indómito le insulta sin escuchar tus voces de Madre encantadora, é intensamente sufre entre las sinuosidades de un monte horrífico, junto á tí me tienes, quiero ser partícipe de tus pesares, ya que con heroísmo inefable has ceñido á tu frente la corona ensangrentada de Madre de los huérfanos y Reina del dolor.

SANTIAGO BEYRO Y MARTIN.

A LA VÍRGEN DE LOS DOLORES.

PLEGARIA.

Virgen pura, mas que el aura
Que á las flores acaricia,
Virgen radiante, que luces
Mas bella que luce el dia,
Tú que sentiste el pecho
Traspassado en agonía
Por la nueva que á tu mente
Llevó amarga profecía;
Tú que escondistes el fruto
De tus entrañas benditas,
Huyendo del cruel Herodes
Devorado por la envidia.

Ten piedad de mis pesares,
Dulce María!

Yo te ví sola, buscando
Al que le diste la vida,
Llevando en el alma tuya
Clavada mortal espina;
Tambien te ví, Madre amada,
Ir llorosa y afligida,
Cruzando de la Amargura
Triste, ensangrentada via,
Y al pié de la Cruz, doliente,
Y por el pesar transida,
Contemplando á tu Tesoro,
Tambien te ví, Madre mia!

No apartes de mí tus ojos,
Virgen María!

De la Cruz el cuerpo frio
Del Hijo, que era su vida,
Descienden, y entre tus brazos
Que son la pureza misma,
De roja sangre cubierto
El cadáver depositan;
Y tus lágrimas de madre,
Esas lágrimas divinas
Surcan tu rostro y el suyo,
Queman tus puras megillas;
Y al fin, llegas á la peña
Eternamente bendita,
Y, allí, le dejas: y Tú...!
¡Sola te quedas María!

Ay! no quede yo sin Tí!
Virgen querida!

E. A. V. R.

1879. Santiago.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Ay! ella hubiera podido decir:

Á no ser por ti, por tus locas exigencias, por tus vanos gastos, por tu afán de lujo, hubiéramos podido vivir en una modesta medianía, en una tranquila oscuridad.

Pero calló y perdonó, porque los humildes perdonan siempre.

La infeliz madre empezó á comprender su error y lloró en silencio sus consecuencias.

Así se paso algun tiempo.

Julia, ganando un pequeño jornal, y afanada dia y noche por adquirir siquiera un pedazo de pan.

La madre, abatida y sin fuerzas escuchando siempre amargos reproches de boca de Clara. Esta, uraña y sombriaba tratándolas con desprecio á las dos y acusándolas de su desgracia, sin querer acomodarse á ella, hasta que un dia la pobre madre encontró su cuarto vacío!

Habia huido de su casa, sin consagrar un recuerdo para la que la habia dado la vida, y sin dejar rastro alguno de sí.

—Como! se habia marchado? preguntó Julieta llena de asombro.

—Sí, hija mia; su ingratitude llegó hasta ese extremo.

—Pero, ¿donde se fué?

—Donde tu purísimo pensamiento no debe penetrar, Julieta mia.

—¡Ah!

—Se fué en busca de aquel lujo y de aquellas comodidades á que su madre la habia acostumbrado, acostada de tantos sacrificios: se fué en busca de los mentidos placeres de una insensata vanidad, de un loco y culpable amor propio, de una ociosidad y una indolencia fatales.

Y ¿quereis saber lo que encontró? Oh! primero vicio, delirio, cieno inmundo! despues, ¡ay! despues lo que siempre encuentra la mujer que no es honrada, desprecio, humillacion, vergüenza doquiera!

—Pero su madre...? pregunto Julieta que apenas comprendia á su abuela.

—Su madre lloró mucho, y conoció, aunque tarde, el grave mal que habia hecho: lamentó en silencio el haber preferido tanto á aquella hija ingrata, acostumbrándola á mirar á su hermana como á una inferior, y á no amarla y á no unirse con ella para soportar los males de la vida.

Por fortuna, Dios tuvo piedad de su arrepentimiento, y del mal que hizo solo recibió el castigo á medias.

—Como!

—Sí, porque Julia, que se habia visto tan humillada, no guardó en su noble corazon una sombra del recuerdo de lo pasado, y fué buena hija, y consoló á aquella madre que no lo habia sido para ella.

—Pobrecilla,

—Dios recompensó su virtud tambien. Como trabajaba tanto afán, como siempre se la veia modesta, buena y milde y laboriosa, el dueño del almacén en que tra-

bajaba la estuvo observando largo tiempo y al fin la ofreció con su mano una modesta posicion.

—De veras? Oh! que bueno es Dios y como recompensa nuestras mas pequeñas virtudes, dijo la niña con candor.

—Julia aceptó llena de gratitud, porque esto la permitia poner á su madre á cubierto de la miseria en los últimos años de su vida. Y fué feliz porque su marido la amó mucho y porque su conciencia estaba tranquila.

—Pero nos has dicho, abuelita, en el principio de tu narracion, que Clara murió ¿es eso verdad? como lo supiste tú?

—Escucha, hija mia, y te referiré hasta el fin.

La madre de aquella infeliz criatura, sufria tanto por su abandono, que en medio de su bienestar, las lágrimas se escapaban continuamente de sus ojos y sus labios suspiraban sin cesar: y tanto lloró y sintió tanto, que sus pupilas quedaron sin luz, quemadas por el ardor de su llanto.

La voz de la anciana estaba conmovida, hizo una pausa, y luego continuó, mientras todos la escuchaban con la mayor atencion.

—Julia empleaba todos los medios que estaban á su alcance para distraerla, para hacer mas dulce su suerte. Un dia en que el sol puro y diafano templaba la atmosfera y llenaba de alegria el espacio, quiso salir con ella y llevarla á aspirar el aire puro de los primeros dias de Abril.

Era domingo, el almacén estaba cerrado y su esposo se ofreció á acompañarla.

La dulce Julia dió el brazo á su madre, y los tres se dirigieron lentamente á las orillas del canal.

Aquella paz, aquella santa quietud, conmovieron el corazon de la triste ciega que exclamó con melancólico acento.

—Dios mio! ¿qué será de mi hija? que será de mi infeliz Clara?

Y como si la fatalidad se hubiera encargado de contestar á esta pregunta, Julia y su esposo distinguieron á alguna distancia un grupo de gente, y la pobre ciega oyó, ya que no podia ver, el confuso rumor de algunas voces lejanas,

—Que será eso? dijo el honra lo comerciante dirigiéndose la palabra á Julia, por qué habrá tantos curiosos allí?

—No sé! contestó la jóven mirando con afán, pero parece que van á sacar algo del agua.

—Sí, eso és, dijo él, acerquémonos, acerquémonos á ver.

—Oh! no: murmuró Julia, estrechando el brazo de su madre con un terror instintivo, no; yo no quiero ir.

Su esposo iba á adelantar algunos pasos, cuando un hombre que venia del lado opuesto se cruzó con ellos y le pudieron preguntar.

—No es nada, contestó aquel hombre con un acento de perfecta indiferencia, es que están sacando el cadáver de una muchacha que segun parece, anoche se tiró al agua.

(Se continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.

de Madrid